

Prefacio

Los estudios latinoamericanos parecen necesitar más que antes un crecimiento expansivo con relación al repertorio de sus problematizaciones, politizaciones, horizontes teóricos y hermenéuticos. Sin pasar por alto la dificultad que enfrenta la propia interpretación de lo político, en la actual fase de descomposición social, contexto en el que además el halo de lo cultural preserva todavía un fulgor promisorio. No es posible pensar en una teoría de la cultura latinoamericana desprovista de un núcleo utópico; entendemos, en este caso particular, a la cultura como herramienta de crítica cívica colectiva y como espacio de diálogo entre modos heterogéneos de discurso y convivencia frente a un orden autoritario, dogmático e ilegal.

El interés por lo cultural refleja en todo caso una búsqueda por elevar los estándares de convivencia humana. Supone de entrada un esfuerzo por desempanar la mirada hacia los otros, porque cultura no es un significado auto referido sino una relación. Lo cultural, después de todo, constituye una traducción trazada en nuestro lenguaje, con alegorías y parábolas, de un lenguaje distinto. Nuestra traducción procurará, en el mejor de los casos, brindar hospitalidad en nuestra lengua a un modelo cultural diferente: una relación con la alteridad, condición de la verdadera experiencia. Transformar la cultura significa, a fin de cuentas, transformar la convivencia asumiendo en realidad sus regímenes heterogéneos además de su polivalencia histórica. Y la propia cultura, como cuidado de las más altas creaciones colectivas, implica de suyo el cuidado de sí misma mediante proyectos culturales, entre los cuales el programa pedagógico y la vida académica y universitaria ocupan un sitio relevante, de ingente responsabilidad.

Hay un conjunto importante de problemas latinoamericanos clasificados por la agenda académica como urgentes en lo político y contingentes en lo teórico: exclusiones, subordinación, terrorismo clandestino y de Estado, racismo, esclavismo solapado, estigmas, cuyas consecuencias más visibles se resumen, al menos, en la fragmentación de la convivencia humana por obra de la acumulación dineraria desenfrenada, el homicidio industrial a trabajadores, masacres a civiles, destrucción metódica de instituciones patrimoniales, de seguridad social, derechos civiles y protección física. Sin pasar por alto la embestida sistemática y efectiva contra invaluable prácticas colectivas y modos de convivencia que sostienen, de manera fragmentaria, memorias vivas de patrimonios dispersos relativos a modelos culturales distintos.

Los estudios latinoamericanos requieren una apertura hacia propuestas disciplinarias diversas que propicien una comprensión más rica de los procesos entrecruzados y complejos que el momento histórico descubre ante una perspectiva académica que se debate contra su anquilosamiento. Es deseable incursionar en el latinoamericanismo fuera del latinoamericanismo: hacia textos "exteriores" y, al mismo tiempo, retrabajando el núcleo, tocando el corazón mismo de América Latina. Es deseable avanzar desde una presencia nominal de la transdisciplina a su realización como práctica cultural habitual y disposición intelectual naturalizada del hacer universitario. La historia no procrea sin la etnología y la geografía, como entendieron el desarrollo histórico los estudiosos de *Annales*. La antropología se vuelve pragmática y ortodoxa cuando se separa de sus fundamentos ontológicos y filosóficos. La sociología es epistemología en sentido estricto y puede, de hecho, ser sesgadamente politológica, economista y estadística; y con fortuna, echa mano cada vez más de la etnografía. Es sano para la propia expansión propositiva de su disciplina cultivar su vínculo con los principios filosóficos que le dieron sustento a su teórica. Estos predicamentos apuntan a contribuir en todos los casos con una epistemología rebelde y una politización de la pertenencia latinoamericana.

Tenemos una dificultad teórica y técnica para reconciliar tipos de análisis que corresponden a paradigmas distintos y que la ciencia ha separado y especializado progresivamente. Por una parte, el enfoque histórico-sociológico, referido a la relación de la sociedad consigo misma que privilegia de suyo una codificación socioeconómica y, por otra, el enfoque etnológico, relativo a sociedades "diferentes", que procura exhumar las inmóviles coherencias antropológicas de los sistemas culturales.

En el presente ejemplar hemos procurado incluir trabajos que contribuyen a esta pretendida extensión y diversificación de las preocupaciones teórico-académicas adscritas al campo de lo latinoamericano, si no como horizonte epistemológico, sí en su condición de realidad histórica inexpugnable.

Rossana Cassigoli
Profesora e investigadora del CELA
Responsable del número